

En el capítulo de las críticas hay que mencionar el poco espacio que se dedica al Antiguo Testamento (Brown es especialista en el Nuevo Testamento): prácticamente sólo aparece en las preguntas 23-27 (que abordan el asunto de la verdad de la Biblia), donde, además, casi siempre queda reducido al problema de la existencia histórica de algunos personajes bíblicos (sobre todo Adán y Eva, junto con la inevitable pregunta por la armonización entre fe y teoría de la evolución). Asimismo, no todos los biblistas (incluidos católicos) estarán de acuerdo con Brown sobre algunas cuestiones que, en realidad, pertenecen más al ámbito dogmático que al puramente bíblico. Esto es especialmente patente en las posturas que Brown adopta sobre la existencia de ángeles y demonios, o a propósito de la inmaculada concepción de María y su ascensión corporal al cielo. De hecho, en estos dos últimos temas, Brown habla de "trayectorias" que, partiendo del Nuevo Testamento y en relación con él, acaban en unas formulaciones que, como tales, están ausentes de la Escritura.

Sin embargo, hay que reconocerle a Brown perspicacia a la hora de abordar las cuestiones. Por ejemplo, prefiere hablar de resurrección corporal (y no puramente física) en el caso de la glorificación de Jesús; afirma la existencia de los ángeles o los demonios basándose precisamente en la imposibilidad de negar esa existencia; acepta la historicidad de algunos detalles en los relatos del nacimiento de Jesús ("Rara vez niego algo sobre la historicidad de manera absoluta ya que luego resulta muy difícil su demostración", p. 83), pero reconociendo que las narraciones de Mateo o Lucas no son históricas en su totalidad, etc.

Otro elemento positivo del libro es su crítica al fundamentalismo bíblico (de hecho, la obra, que ya le dedica las preguntas 31-33 a este problema, se cierra con un Apéndice donde se hace una "declaración de fe católica para que los fundamentalistas bíblicos no la interpreten [la fe católica] inadecuadamente"). En este sentido, el pensamiento de Brown coincide (y se adelanta) al de la Pontificia Comisión Bíblica, plasmado en su espléndido documento de 1993 *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*.

P. BARRADO FERNÁNDEZ

FELIPE F. RAMOS, *El reino en parábolas*. (Salamanca 1996). Publicaciones de la Universidad Pontificia. 361 págs. ISBN 84-7299-371-X.

Felipe F. Ramos, recientemente incorporado a la categoría de los profesores eméritos, ha sido desde 1970 catedrático de Nuevo Testamento en la Universidad Pontificia de Salamanca. Autor prolífico, ahora nos ofrece una obra sobre las parábolas. A decir verdad, este libro supone una reelaboración en profundidad de otro que, con el mismo título, vio la luz hace ya más de treinta años (Madrid, Centro Bíblico Hispano Americano, 1963). En palabras de su autor, la presente

edición "sería mucho más que una reedición de aquella. Las ampliaciones, correcciones, diversidad de puntos de vista que incluye la obra presente la convierte en una obra nueva sobre el mismo tema que entonces desarrollamos" (p. 29).

Aunque podamos encontrar puntos de vista originales a propósito del tema, siempre discutido, de las parábolas, esta obra se sitúa en el terreno de la síntesis. Síntesis a la que, sin duda, ayuda la larga experiencia docente del autor. El libro se desarrolla en diez capítulos, aunque en ellos ha de distinguirse claramente entre el primero, los ocho siguientes y el último.

El libro se abre con una presentación en que, aparte de introducir los capítulos que siguen, principalmente se tiene en cuenta la relación entre el reino de Dios y las parábolas ("Como audiovisuales, las parábolas evangélicas expresan el mensaje del Reino, anuncian el Evangelio, reflejan la fe cristiana con mayores perspectivas y con óptica más flexible y de mayor alcance que el lenguaje directo", p. 24). El grueso del libro se extiende siguiendo una clasificación de ocho tipos de parábolas, según sea su contenido.

Pero antes de analizar las parábolas, Felipe F. Ramos estudia en el cap. I las cuestiones introductorias. Aquí se habla del género literario parabólico, de su transmisión, interpretación y finalidad. En este penúltimo apartado, el autor destaca la comprensión de la llamada "línea Jülicher-Jeremias-Dodd", que, en su opinión, debe ser completada, aunque sin olvidar que es la línea correcta de interpretación (cf. p. 82; después de la "alegóresis" —interpretación alegorista propia de la patrística— vino la búsqueda del *tertium comparationis* —centro de interés o finalidad de la parábola— para terminar en la "pluralidad interpretativa de las parábolas a partir del *tertium comparationis*"). Por lo que respecta a la finalidad de las parábolas (¿desvelan o encubren?), conviene llamar la atención sobre la acertada propuesta de P. Ricoeur, desplegada en tres movimientos: la parábola orienta, desorienta y reorienta.

Los ocho capítulos dedicados a comentar las diversas parábolas llevan los siguientes títulos: "Llamada de urgencia", "Dos mundos contrapuestos", "La comunicación mediante la implicación", "Poder transformante de las parábolas. Parábolas de crecimiento", "Narraciones ejemplares", "Nueva jerarquía de valores", "Responsabilidad personal" y "Una nueva familia". En ellos, las parábolas se agrupan por afinidad temática o de contenido (mensaje); aunque no todos los autores coincidirían en los criterios que se utilizan. De hecho, en alguno de estos apartados se reconoce que conviven parábolas no demasiado homogéneas: "El método que seguimos intenta ser lógico, pero en ningún caso puede ser matemático. Podían figurar en este capítulo [II] algunas parábolas que hemos estudiado en otros contextos y emigrar a otro lugar algunas de las estudiadas en éste. La sistematización resulta difícil" (p. 97). El comentario que realiza Felipe F. Ramos es sobrio y centrado. En él se proporcionan los datos histórico-teológicos que ayudan a comprender cabalmente la parábola, aunque también se llegue en algún momento al género homilético o espiritual. En ocasiones el texto resulta

algo confuso, restando brillantéz a la exposición. Un caso especialmente llamativo lo tenemos en la p. 35, donde no queda del todo clara la similitud o la diferencia entre las parábolas de Jesús y las parábolas rabínicas.

El último capítulo, de tono conclusivo, subraya la íntima relación entre las parábolas, el Parabolista y Dios, de tal modo que de ello resulta una imbricación indisoluble. Se puede afirmar con J. D. Crossan que "Jesús, que había proclamado a Dios en las parábolas, la Iglesia primitiva —la que más directamente se nos refleja en los Evangelios— proclamó a Jesús como la parábola de Dios" (p. 355).

P. BARRADO FERNÁNDEZ

ANTONIO GARCÍA-MORENO, *El cuarto evangelio. Aspectos teológicos* (Pamplona 1996). Ed. Eunat. 532 págs. ISBN 84-7768-070-1.

A. García-Moreno alterna la docencia desde hace treinta años entre el Seminario Metropolitano de Badajoz y la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Esta voluminosa obra que presentamos es la recopilación de diversos trabajos suyos —todos, naturalmente, en torno al evangelio de San Juan—, publicados originalmente como artículos de revista, ponencias en congresos o simposios, etc. (en realidad sólo hay uno inédito: "Aspectos eclesiológicos", pp. 133-143). Se trata de estudios que se enmarcan en el ámbito de la teología bíblica, aunque, debido a la diversa procedencia, no todos están a la misma altura científica (o divulgativa). La obra se ha dividido en tres partes: "Cristo y la Iglesia", "La Iglesia en oración" y "Los sacramentos".

Uno de los aspectos que más llama la atención del libro es su absoluto historicismo. Así, en opinión de A. García-Moreno, todo el contenido del cuarto evangelio sería rigurosamente histórico ("El valor de símbolo atribuido [*sic*] a Nicodemo ha movido a negar el valor histórico del relato. Sin embargo, ya se ha dicho muchas veces que el dilema símbolo e historia no es insoluble en el IV Evangelio. Por tanto, ese argumento no sirve en contra de la realidad del encuentro", pp. 363-364). Pero si el asunto resulta difícil —por no decir imposible— de explicar, entonces se recurre a lo extraordinario. Un ejemplo notable de esta peculiar técnica interpretativa la tenemos justamente al comienzo del libro, en el trabajo sobre "Jesucristo Cordero de Dios". Después de reconocer la dificultad, manifestada por algunos autores, de que Juan Bautista pudiera expresar con el título de "Cordero de Dios" toda la carga que le otorga la fe cristiana, A. García-Moreno afirma: "Es verdad que el Bautista, por sí mismo, desconocía el modo de realizarse la Redención. No obstante, pudo haber tenido una revelación divina que le hiciera intuir al menos el modo como Cristo redimiría a los hombres del pecado" (p. 44).